



INTERVISTA AD ALBERTO GIL NOVALES

a cura di Alfonso Botti e Vittorio Scotti Douglas

L'intervista ad Alberto Gil Novales ha avuto luogo nella giornata del 19 marzo 2002 a Urbino. La trascrizione dal magnetofono è stata realizzata da Ángel Carmelo Martín de la Calle e da Javier Rodrigo. Il testo è stato rivisto dall'autore.

Alfonso Botti — Yo empezaría por el principio, ¿dónde estudiaste y cuáles son las experiencias más significativas de tu formación?

Alberto Gil Novales — En primer lugar yo pertenezco a una familia oscense, de Huesca, aunque nací en Barcelona, y estudio Bachillerato en el Instituto de Huesca, entonces eso significa que estudio en un organismo del Estado. En Huesca había para los varones un colegio religioso y un Instituto, y había cierta rivalidad entre los dos; no es que marcasse la Guerra civil, pero estaba muy cerca todavía, y había para las mujeres otra cosa. En cierta manera, eso marca una orientación podíamos llamar civil. Entre los profesores había gente de todo, había gente horrorosa, pero también los había castigados, gente de categoría que por diversas razones había sido castigada de otras zonas de España. No sólo los castigaban a que fuesen a Huesca, sino a muchos otros sitios; a mí me tocó alguno... Recuerdo un catedrático...

AB — ¿En qué años estamos?

AGN — En Bachillerato de 1940 a 1947, eran siete años de Bachillerato. Yo entré cuando no había cumplido los diez años. Yo tenía intereses, existía una Biblioteca Pública, tenía interés en un señor llamado Federico García Lorca, y fui a pedir un libro que se llama *Romancero Gitano*, y la respuesta fue: «Ustedes son unos rebeldes». No me prestaron el libro, no

me lo dejaron ver. Más: la profesora de Literatura D^a Blanca González de Escandón, la que años después se casó con Maurice Molho, organizó lecturas en su clase, sólo con los libros que había en la biblioteca del centro. A mí me tocó *David Copperfield*, por supuesto en castellano. Pero todo se interrumpió cuando el profesor de Religión, que era un cura, D. José Puzo, subió al púlpito (teníamos misa diaria obligatoria) y dijo que la profesora de Literatura quería restar almas al Paraíso. En cambio el catedrático de Física, que se llamaba Ramón Martín Blesa y era un tipo sensacional, convocó un día un examen de problemas de Física, y cuando fui a hacerlo me dijo: «No te hace falta hacer el examen, que para nada lo necesitas», y me dio en cambio las *Memorias* de Pío Baroja. Estas cosas son las que se agradecen, ¿no?, es curioso que es la gente de Ciencias la que me trató mejor. Yo no me orientaba, no me orienté jamás por las ciencias, pero esto no fue obstáculo. Otro señor, muy mayor ya, D. Francisco Cebrián, castigado en Huesca, en donde enseñaba Matemáticas y Lengua alemana, después de haber sido el introductor en España de las derivadas. Cebrián se portó muy bien conmigo, se portó extraordinariamente siempre, y de estas cosas estoy muy agradecido. En cierta manera mi Bachillerato tenía defectos, Filosofía y lo que sea, cosas que no he aprendido, y que a lo mejor me da tiempo a aprenderlas todavía, pero con todos esos defectos, ese Bachillerato es positivo. Después pasé en 1947 a la Universidad de Zaragoza, y se me hundió el mundo. ¡Horroroso! La única compensación es que en Zaragoza había libros, que en Huesca no había, librerías de viejo. Un libro que me marcó, y que compré en una de esas librerías de viejo, fue uno de Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*. Yo, que iba teniendo una indignación por lo que veía alrededor, le fui dando forma con la lectura de Costa. ¿Por qué ese libro estaba en la librería? Traté de reconstruirlo después. El libro, publicado en 1900, llevaba una dedicatoria manuscrita a un sindicato de Zaragoza, y supongo que ese sindicato desaparece por la Guerra civil. Por venta llegó a la librería, y por casualidad llegué yo a ella antes que nuestro amigo Scotti, y lo compré.

AB — ¿En qué carrera te matriculaste?

AGN — Esa es otra cuestión. Cuando uno tiene 10 años, e incluso 17 sin cumplir, porque por las fechas yo entraba siempre un año antes, no se sabe nada de la orientación. Yo sabía que no me interesaba dedicarme a las Matemáticas, sino a una carrera de Letras. Derecho me parecía muy bonito, y además están las famosas salidas, mientras que me decían, sin forzarme, que Filosofía y Letras, la única Facultad literaria aparte de Derecho, era morirse de hambre. Como nunca he tenido vocación de morirme de hambre, fuí a estudiar Derecho y lo estudié. Me encontré una Facultad en la Ciudad Universitaria, en la que la mitad de los catedráticos, creo que también en el resto de la Universidad de Zaragoza, estaban en la emigra-

ción y la otra mitad eran gobernadores civiles del franquismo. Es decir, que no había nadie, absolutamente nadie, ni buenos ni malos. Era un abandono total, una cosa mecánica, había que aprobar. Yo tenía cierto sentido de continuar, apruebo una asignatura, y me importa un comino.

AB — Aparte de Costa, más en general, ¿qué libros encontrabas, qué libros te apasionaban?

AGN — Leía todos los del Noventayochito, Unamuno, Pío Baroja, Azorín, Valle-Inclán, que compré en Huesca. También cierta poesía, Antonio Machado, Lorca, Alberti, Jorge Guillén. Y también procuraba hacer incursiones en los clásicos. El *Quijote* lo leí cuatro veces.

AB — ¿Y los extranjeros?

AGN — Compré por 100 pesetas las obras de Shakespeare. Y también franceses, André Gide, que compré en una estancia en Estrasburgo en 1948. La cuestión de las lenguas se resuelve no teniéndoles miedo. Había estudiado francés en el Bachillerato, pero no lo leía. Me lancé a hacerlo con un diccionario, que es un poco latoso, pero muy útil. También portugueses, por influencia de Unamuno: Teixeira de Pascoães, Castelo Branco, Eça de Queiroz, Guerra Junqueiro. Los italianos todavía no... Era tan deprimente la Universidad de Zaragoza que cualquier motivo era bueno para escapar. En 1950 fui a Italia por primera vez, me dieron la beca...

AB — Espera un momento. ¿Compañeros, amistades, asociaciones, SEU?

AGN — Compañeros sí, de la carrera, y de fuera que conocía por otras razones. En Zaragoza, eso era importante, había un núcleo de gente muy aficionada a la literatura y a la pintura. Ni siquiera sé más o menos en qué zona de la ciudad estaba, me parece cerca de la calle Alfonso, pero había una casa adonde íbamos a ver libros y obras de arte. Miguel Labordeta que murió años después, era muy amigo mío, tengo su primer libro, *Sumido-25*. Asociaciones ninguna. Oficialmente todos pertenecíamos al SEU, pero yo no estuve jamás ni participé, salvo en las milicias universitarias, que eran forzosas.

AB — Cuéntanos algo de estas milicias.

AGN — Era una organización pensada para que los estudiantes hiciesen el servicio militar, y acabasen al cabo de dos veranos saliendo de alférez. Luego se incorporaban seis meses a un determinado destino; era una cosa para la creación de oficiales de complemento. Yo fui dos veranos a los Castillejos, un campamento nuevo en la provincia de Tarragona, en donde

hice también muchas amistades. No aguanté la disciplina militar, no la toleré; en consecuencia no fui oficial de complemento, fui soldado de complemento. No tengo más graduación. Un día me negué a hacer un paso ligero; ya había protestado en la fila, una cosa de escándalo. Vino un capitán, llamado Arias, que había tomado la costumbre de aparecer por mi tienda a preguntar si existía Dios, una pregunta estúpida. Después de lo que pasó, de mi protesta pública porque un alférez se había metido con un compañero, que además era carlista, de Gandesa, muy débil de carácter. Pero yo no lo podía tolerar, y dije públicamente que ya estaba bien de castigar a ese chico. Cuando el alférez me quiso imponer a mí el mismo castigo que al de Gandesa, es cuando me negué. Vino el capitán, formó dos compañías, me hizo adelantarme y me calificó de traidor, una cosa tremenda, yo tenía 18 años. No pasó nada, pero me mandaron a la corrección, a la cárcel podríamos decir, pero del campamento, una tienda más grande, en donde encontré a gente muy curiosa. Había un chico catalán, Alberto Omo, que hizo una llegada como para *épater le bourgeois*. Con él estaba Jaime Gil de Biedma, que no sé si era su amigo o se habían conocido en el extraño ambiente de la corrección. Organizamos una tertulia literaria, extraordinaria, sobre literatura francesa, poesía, que Gil de Biedma recitaba muy bien, y Unamuno. Un señorín que andaba por ahí, y al fin se nos presentó, pretendiendo el ingreso en tan distinguido club, lo hizo como especialista en Tertuliano. Al fin acabé la *mili* esa, y como estaba suspenso, dije que me marchaba. Al frente del campamento estaba un teniente coronel, una mala bestia, de la generación de Franco, del que se decía que no había ascendido porque mató a un soldado de una bofetada. Cuando le dije que me marchaba del campamento, me contestó «Si Vd. se va, le echo encima la Guardia civil». Luego me licencié en Derecho, no cuando me tocaba, sino un año después. Era el 1953.

AB — Pero ya habías estado en Italia alguna vez, en 1950. ¿Cómo pasó eso?

AGN — Fuí con una beca de la Università Italiana per gli Stranieri, de Perugia. Llegaba con una idea, lo que me interesaba era abandonar Zaragoza, exclusivamente. Si me dan la beca para el Polo Norte, me voy también. No estar en Zaragoza. Antes había estado en Estrasburgo, ya en el 1948, con una beca fingida. No se podía salir de España, a no ser que tuvieses una beca. Yo no tenía beca, pero se finge que la tenía. Salí de España con mil pesetas metidas en el zapato. Encontré gente extraordinaria en Estrasburgo, mixta de Alemania, Francia, conocí hispanistas de gran categoría. En fin, una apertura al mundo. En 1948 pude salir por un amigo, un compañero de clase que tenía un hermano que trabajaba en el Instituto Español de Moneda Extranjera. Para salir era imprescindible tener el permiso de este organismo, lo que era muy difícil. El hermano de mi amigo lo consiguió para los dos, pero luego él no se atrevió a salir. Me voy yo solo, estuve un mes de vacaciones, pero aprendiendo... En 1950 voy a Perugia...

Vittorio Scotti Douglas — Más de un mes.

AGN — Sí, dos meses y medio, o algo así. Mi idea preconcebida era que en realidad no merecía la pena, pero a la semana ya estaba yo ganado por los italianos... La inteligencia en el trato de la gente. Comencé a ir a unas clases de pura gramática... *io, tu, lei*, pero no me interesaba demasiado, me interesaba saber historia italiana, literatura. A la semana fuí a decirse-lo a un señor, para pasar al curso superior directamente, dejando los inferiores. En el curso superior se hablaba de geografía, de historia de Italia. Me acuerdo de un profesor que se quejaba amargamente de la pérdida de las colonias, también eso era interesante. En un sitio con exigencias, no me hubiesen dejado por no saber la gramática. Pero como en definitiva se trataba de una cosa inteligente, humanista, me dejaron. A lo mejor perdí mucho de lo que se dijo, pero me metí de lleno; ya entonces comencé a leer literatura italiana, es verdad que hay libros muy difíciles. Cuando volví a España nunca dejé el italiano, aunque la provisión de libros no es tan fácil...

AB — Acabada la carrera, ¿qué?

AGN — Acabada la carrera no tenía donde caerme muerto, salvo la familia. Me fui a Madrid y allí no sabía qué hacer. Trabajé en algunas editoriales, Aguilar, Taurus, en la confección de las cosas más sencillas. Me hice socio del Ateneo. Tenía desde siempre una ilusión, que era la de leer a Voltaire: en cuanto llegué a Madrid me hice socio del Ateneo, y me parece que el primer libro que pedí fueron las obras completas de Voltaire, que me fueron servidas sin problemas. ¡Y estábamos todavía en pleno franquismo! Pero bueno, estas cosas ocurren. Había en el Ateneo un portero, muy viejo, que tenía obras de Azaña publicadas anteriormente, pero hubo una gran limpieza, quitaron y quemaron libros, pero este señor salvó muchos en su casa, y algunos nos los pasó. También quisiera decir dos palabras sobre el Rastro: allí compré yo libros muy importantes, españoles, franceses, ingleses, alemanes (Goethe completo, salvo el tomo final de índices, por 300 pts.). Por ejemplo *Zadig*, de Voltaire, y otros, en esa delicia editorial que fue la Colección Granada, de don Alberto Jiménez Fraud. Yo no entendía por qué estos libros estaban llenos de paja. Supongo que se debe a que habían estado ocultos. Así transcurría mi vida, cuando tuve una beca para ir a Saarbrücken, en Alemania, pero todavía ocupada por Francia, como consecuencia de la guerra... pero con esto estoy pasando al año 1958. Entretanto había estado escribiendo un libro que salió inmediatamente después, *Las Pequeñas Atlántidas*.

VSD — Lo he comprado hace poco, una maravilla.

AGN — El libro se publica en 1959 en la Biblioteca Breve de Seix Barral, en Barcelona. Importante acaso, un poco rompedor, aunque yo no fuese un literato.

VSD — Alberto, perdona. Las cosas que están en *Las Pequeñas Atlántidas* ¿estaban ya publicadas en otros lugares?

AGN — Algunas. El artículo sobre Espronceda salió en “Informaciones” en 1956. En 1957 se publicaron el trabajo sobre Antillón en un suplemento de “Insula”, el de Azara en “Cuadernos Hispanoamericanos”, *Las lavanderas de Carabanchel* en “Papeles de Son Armadans”, y el de Flórez Estrada en la revista “Bolívar”, de Bogotá, éste a través, creo, de un poeta colombiano, Antonio Valencia. En Madrid intenté dedicarme al periodismo (ya antes en Zaragoza había colaborado en “Heraldo de Aragón”). Fui al periódico “Madrid”, que estaba dirigido por Juan Pujol; éste había comenzado por anarquista, luego había pasado a Falange. Yo no andaba preguntando, en realidad no había opción.

AB — Pero, ¿lo conociste personalmente?

AGN — Sí, sí, me recibió. Le llevé un artículo que figura en el libro, sobre Caxa de Leruela, para publicarlo allí, y me dijo textualmente: «Es la primera vez que un desconocido trae un artículo para que se lo publiquemos en el periódico y se lo publicamos el lunes siguiente, en la página más importante». Dijo que esperaba que yo ocupase el puesto que dejaba D. José Ortega y Gasset, el cual acababa de morir. El artículo se publicó, noviembre 1955, pero yo no seguí en “Madrid”, no sé por qué. Más o menos por las mismas fechas fui al “ABC”, en donde me recibió D. Antonio Rodríguez de León, ex-gobernador civil de no sé qué provincia con la República, depuesto por los franquistas. Afortunadamente evitó el fusilamiento. “ABC” acogía a gente perseguida. Antonio Rodríguez de León me publicó dos artículos. El director de “ABC” era entonces Luís Calvo, inteligente, malhablado, famoso por algunas polémicas, pero no tuve relación con él: sólo lo ví un día echando la bronca a todo el mundo. Los artículos, uno sobre Unamuno, y otro sobre Salvador Esprú. El artículo sobre Esprú me proporcionó su amistad, un personaje increíble, de inmensa categoría; siempre que yo iba a Barcelona lo visitaba, y sobre todo recibí de él muchas cartas preciosas.

AB — Hablas del “ABC” como si fuese un periódico de extrema izquierda, ¿por ser monárquico?

AGN — Sí, tal vez por ser monárquico, pero tampoco eso significaba mucho entonces, puesto que salvo los pensamientos que tuviesen los par-

tidarios de Don Juan, no había posibilidad de monarquía ni de nada, el franquismo estaba perfectamente asegurado. Lo que quiero decir es que, entre los periódicos que se publicaban en Madrid entonces, el “ABC” parecía el más aperturista. En el “ABC”, cuando comenzó el tema de la revolución cubana, la de Fidel Castro, se publicaban a veces artículos casi en paralelo, artículos tremendos contra la revolución y artículos a favor de la misma. Entre éstos destacaban los de José María Massip, antiguo republicano y catalanista, transmutado en corresponsal del “ABC” en Washington (me parece). Para la gente joven, como yo, que esperábamos el triunfo de la revolución, estos artículos resultaban fundamentales. También existía “Pueblo”, periódico falangista, de los sindicatos verticales, en el que jamás entré, pero en el que, en contradicción con la posición oficial del periódico, se publicaban cosas casi marxistas leninistas. Conocí un personaje, falangista de la primera hora, que se denominaba a sí mismo marxista leninista...

AB — Ideológicamente, ¿cómo habías evolucionado, y a raíz de qué?

AGN — Yo era cada vez más republicano, liberal...

AB — Pero tu familia ¿era republicana?

AGN — Sí, pero tibia, mi padre los domingos iba a misa de una, que era la última, porque no había más remedio, pero no tenía nada que ver con cuestiones religiosas. Mi madre era naturalmente católica, de Huesca, pero su familia era en parte de origen navarro, muy característica, liberal de Tafalla. Mamá respetaba a escritores como Don José Nakens, por influjo de su padre, mi abuelo, que era furibundo republicano, de los que después se llamaron *históricos*. Murió en 1931. Mi padre leía prensa extranjera en castellano, “La Nación” de Buenos Aires el más importante.

VSD — ¿Qué profesión tenía?

AGN — Era jefe de negociado de la Diputación provincial.

AB — Entonces, republicano...

AGN — Liberal, sin duda, acaso sin saber demasiado lo que eso significaba. Estando ya en Alemania, los alemanes me dieron otra beca, y fui aprendiendo alemán en un ambiente internacional: franceses, italianos... Allí aprendí realmente francés e italiano, algo de alemán también. En Saarbrücken compré muchos clásicos franceses, de la Editorial Garnier, Molière, Diderot, Voltaire, Stendhal... Una joya. La beca alemana me obligaba a seguir unos cursos europeos, aburridos, que no me interesaban para

nada. Por ejemplo, todo un curso versaba sobre *La situación de los empleados en la Alta Autoridad*.

VSD — Eran cursos jurídicos

AGN — Sí, jurídicos, administrativos... Aprovechando viajes de estudiantes alemanes, en los que admitían extranjeros, fui a Berlín (Oeste, pero pasaba al Este a ver las obras de Bertolt Brecht), y a Foggia (otra vez Italia) y Viena. Estando en Alemania se me ofreció la posibilidad de ir a los Estados Unidos, y fui contratado en 1961 al Middlebury College, en Vermont. Encontré allí una biblioteca excelente, que en lo que se refiere a la parte española había sido hecha por un español de la República, el Dr. Juan Centeno. Contenía todas las obras de Costa, lo que me permitió escribir la tesis que había proyectado. Me llamó la atención la tremenda ignorancia de los profesores americanos, una ignorancia supina. Con muy pocas excepciones.

AB — ¿A estas alturas ya había nacido el Gil Novales historiador?

AGN — No, yo estaba aún haciendo la tesis en la Facultad de Derecho, *Derecho y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa*.

AB — Entonces, en esta época por medio de la tesis te trasladas gradualmente del derecho hacia la historia.

AGN — Sí, pero ya antes, con *Las pequeñas Atlántidas*, que eran una especie de ensayo sobre los siglos XVIII y XIX. Algún periódico que todavía existe, como "El Correo Español-El Pueblo Vasco", decía que yo me *acostaba* a los derrotistas. Por entonces leí mucha literatura hispanoamericana, esa es la ventaja de una biblioteca que funciona. Por cierto, en 1958 Miguel Ángel Asturias me envió un ejemplar de sus *Leyendas de Guatemala* con la dedicatoria «Al escritor AGN con mis dos manos. Buenos Aires, marzo 1958». Volví a España en 1964, con idea de entrar en la Universidad de alguna forma, lo que era muy difícil, aunque mucho más fácil de lo que es ahora, ahora hubiera sido imposible. Tuve la fortuna de encontrar en la catedral de Huesca a don Luis García de Valdeavellano, que era un eminente medievalista, a quien me habían presentado alguna vez antes. Lo saludé y estando hablando le dije que me gustaría entrar en la Universidad. «Yo le nombro», me dijo, una cosa increíble, me nombró ayudante con un sueldo de 1500 pesetas al año, un sueldo simbólico, en una cátedra de Historia de las Instituciones, Facultad de Ciencias Políticas y Económicas. Valdeavellano era un hombre extraordinario, era un liberal, conservador, pero un superviviente de todos los problemas de la Guerra civil. Un hombre que conocía muy bien la historia de España, las literaturas francesa y

española, y la historia del Arte. Hablábamos mucho, de Alberti y cosas de esas, porque lo terrible para un hombre como Valdeavellano es que con la gente que tenía alrededor no podía hablar de estas cosas.

AB — Entonces ¿te vinculaste a Valdeavellano?

AGN — Sí, me vinculé. Pensaron que sería mejor que me vinculase con Maravall, y entonces Valdeavellano y el actual director de la Academia de la Historia, Gonzalo Anes, me llevaron a hablar con él... Pero Maravall no me quiso. Ya conocía mi libro, pero yo tenía un defecto para él, y es que no era discípulo suyo. Por ello seguí con Valdeavellano, y no me fue mal, porque me enteré de temas como ¿qué es el feudalismo? y otros para una formación de medievalista, pero sin intención ninguna de dedicarme a la Edad Media. Incluso, cuando murió la mujer de Valdeavellano, me quedé yo al cargo de la asignatura, pero muy poco, porque ya entonces me había presentado a unas oposiciones para la Universidad Autónoma de Barcelona. Ví en el BOE [Boletín Oficial del Estado] la asignatura convocada, Historia de los Fenómenos Sociales, y me presenté. Yo no había tenido arte ni parte en el nombramiento del Tribunal, pero sus cinco miembros, uno de ellos Maravall, me votaron a mí. Así en 1972 me fui a la UAB [Universidad Autónoma de Barcelona]. Ya estaba investigando sobre lo que iba a ser *Las Sociedades Patrióticas*, y ello porque en la obra de Costa se plantea continuamente la necesidad de ir atrás a conocer los orígenes del liberalismo en España. Trabajé sobre el Trienio liberal, y no, entonces, sobre la Guerra de la Independencia. Cuando comencé a leer el periódico “El Zurriago”, me pasó al principio que no entendía nada, las alusiones, las citas... luego más tarde trabajando se entienden las cosas. Me fui en fin a Barcelona, en donde me trataron pésimamente, hicieron correr la voz de que yo era un agente de Franco, o algo parecido. El caso es que me encontré de entrada una rebelión tremenda de los estudiantes, que no esperaba. En la emoción de aquellos días hubo alguien, totalmente desconocido para mí, que se puso de mi parte. Las cosas se arreglaron y tuve excelentes discípulos.

AB — Dos cosas: nivel de endogamia de la Universidad de aquella época...

AGN — Muy grande.

AB — Y ambiente historiográfico catalán, Vives...

AGN — Sí, Vicens Vives, pero yo no tenía nada que ver con él, no le había conocido. Fuimos a Lisboa a un congreso, y Jordi Nadal, uno de los más importantes discípulos de Vicens, lo primero que hizo, al llegar, fue pre-

guntar por mí. Los tiros no venían por ahí. Es que todas las plazas que saliesen tenían que ser para catalanes.

AB — ¿Ya por entonces? Eso no conectaba con la política cultural del franquismo.

AGN — No, pero la creación de las Universidades Autónomas, que de autónomas no tenían nada, indicaba una apertura por necesidades objetivas del desarrollo, que tenía que ver con el Opus Dei en parte, con el Ministro de Educación, la Ley General de Educación... se crean estas Universidades, en Madrid y Barcelona, y yo voy a la UAB, procedente de la Complutense. Yo de franquista no tenía nada, y comencé pese a todo a dar mis clases. La cosa se fue deshaciendo rapidísimamente, y yo tuve mis discípulos, algunos de ellos extraordinarios por mérito propio, como Juan Francisco Fuentes, Lluís Roura, Juan Antón o Félix Llanos. Fuí publicando otras cosas... y en 1979 salió a concurso una plaza en la Complutense, en Ciencias de la Información, plaza que en un principio me negaron, porque decían que en el título de la materia me faltaba una y griega. Historia Contemporánea Universal “y” de España. A mí me faltaba la “y”, o alguna tontería de esas. Pero yo fui a los tribunales, y allí gané. Entonces en el 1980 entré en un Departamento de Historia Contemporánea, donde no había más que del Opus Dei, y algún individuo más o menos trotskista. Salvo periódicos del siglo XIX que estaban expuestos en vitrinas, todos los libros que tenían eran de lo peor. Era el departamento de Seco Serrano. Al principio Seco trató de portarse bien, pero inevitablemente chocamos. Es una persona competente, un ex-franquista ahora más o menos *aggiornato*.

AB — Volvemos a la historiografía propiamente dicha.

AGN — Mientras estaba en la UAB se publicaron *Las Sociedades Patrióticas*, en 1975, lo que me da en cierta manera relevancia. Seguía siendo agregado, y sólo pasé a catedrático en cuanto vine a Madrid (el paso dependía de que hubiese plaza).

AB — Los estudios sobre el siglo XIX, sobre el liberalismo, no están muy difundidos ni cuando tú empezabas a estudiar ni cuando dabas vueltas por el mundo con becas. Entonces, ¿qué es lo que te orienta un poco? ¿Es algo español, algo extranjero?

AGN — Libros españoles, un poco fuera ya de contexto. Rafael Altamira, que se había ocupado de forma muy general de algo de esto, y para mí era importante, una referencia. Y muy curioso, Maximiano García Venero, aquel falangista que se decía marxista-leninista, es autor de un libro titulado *El parlamentarismo español*, que me resultó extraordinario. Era un

libro absolutamente liberal, en el que yo hallaba expuestas con claridad, muchas de las cosas que iba encontrando en los documentos. Es verdad, cuando fui al Congreso sobre la Ilustración en Pisa, 1979, era el único profesor de una Universidad española, no el único español, porque allí estaba María Rosa Saurín de la Iglesia, de la Universidad de Urbino; una persona que ya empezaba a destacar, y cómo, en temas conexos con los míos. Pero directamente de España, nadie. En cambio, unos años antes, en 1975, había ido al Congreso Internacional de Ciencias Históricas, en San Francisco, en el que encontré a gente de mucha categoría. Estando allí vino un señor que me dijo: «Yo sono Franco Venturi». ¡Increíble! ¡Increíble! En un seminario dentro del Congreso, en el que se hallaban algunos catedráticos españoles, Venturi hablaba de la relación intelectual entre España e Italia, a raíz del siglo XVIII. De repente, estando yo en el público, hizo un extraordinario elogio mío. Yo ni me lo esperaba, dijo que el futuro de la investigación histórica iba por lo que yo estaba haciendo. Yo quería relacionarme con los catedráticos españoles, lo necesitaba. Había oído al actual secretario de la Academia de la Historia, Eloy Benito Ruano, que estaba en la presidencia del acto, zafarse por peteneras diciendo «Je suis médiéviste». Fui a saludar a Felipe Ruiz Martín, importante catedrático de Historia económica, y ni me contestó. Aquello entonces me dolió bastante, pero hay que entenderlo: expresaba su disgusto ante el hecho de que Venturi me hubiese elogiado a mí, y no a él, pero hay algo más: Ruiz Martín había hecho un gran esfuerzo para reciclarse en Historia económica, ya que se le había dicho que era la única científica, y en consecuencia había publicado cosas de valor. Y ahora Franco Venturi decía que el futuro estaba en lo que yo hacía. Venturi repitió su juicio en el prólogo de sus *Studies in Free Russia*, Chicago 1982, al citar dos libros míos, *Las Sociedades patrióticas* y *El Trienio liberal*, 1980, como “further reading”. Yo necesitaba no el elogio, ya que era cosa de vanidad, sino la aprobación de mi trabajo, para saber que lo que yo hacía tenía sentido. Me había faltado hasta entonces el diálogo; sí lo había tenido con Valdeavellano, pero era muy diferente; algo, muy poco, con Maravall, con don Ramón Carande, generoso y entusiasta, pero en buena lógica su admirable *Carlos V* quedaba muy lejos de mis inquietudes; y con Gonzalo Anes, que me ayudó en lo de Maravall, y seguimos siendo amigos, pero muy pronto nos distanciamos. Anes es un personaje extrañísimo, un asturiano con una vocación de secretismo total.

VSD — Dentro de esta formación extranjera, con contactos importantes, y de tu afición liberal... ha entrado también el marxismo.

AGN — Sí, hasta cierto punto. Sin el marxismo no se comprende el anti-franquismo. Yo había hecho lecturas de Marx, pero tardías y escasas. Quiero señalar el influjo de Eloy Terrón, a quien conocí en el Ateneo de

Madrid. Terrón fue el primero en hacer una investigación seria sobre el por qué del krausismo español (*Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*, Barcelona 1969). Cuando fui a la República Democrática Alemana me trató siempre muy bien Manfred Kossok, al que había conocido en San Francisco, y con el que colaboré bastante. Kossok era un hombre del sistema, y tenía sus razones para serlo, pero tenía una categoría inmensa como hombre de ciencia y como persona, tenía un humor simpatiquísimo. También Noël Salomon, al que conocí en México, y del que me hice muy amigo. No había una identidad político-filosófica, pero sí una solidaridad humana, y por supuesto los mundos que representaban me parecían muy superiores al franquismo. Como método de trabajo he seguido mis propias ideas, de poca densidad acaso, pero sabiendo que existen los problemas de orden social. He buscado ante todo una historia de las ideas, de la transmisión de las ideas, y de los acontecimientos que van más allá del mero nacimiento de una princesa. He estudiado el siglo XIX, que a mucha gente le parecía inactual. En algunas cosas eso me ha perjudicado, si me hubiese dedicado a hacer una historia oficial, acaso todo habría sido más fácil.

AB — ¿Cuánto del liberalismo español es *español*?

AGN — Hay un liberalismo español, y eso es lo importante. Cuando yo comencé a interesarme por el asunto, lo que se decía en los ambientes *enterados* es que los liberales españoles daban risa. Y no hay tal cosa. Existió una Ilustración española, descubierta en la Segunda República, como puso de relieve Werner Krauss (al que yo no conocí, pues murió demasiado pronto), y redescubierta a partir de los años Cincuenta. La relación de la Ilustración con la Segunda República me parece muy importante. A esa Ilustración se le pueden y se le deben reconocer límites, pero existió. Yo he leído libros de la época, que están bien como erudición, pero que desconocen todo. Si te acercas a los textos encuentras un inmenso clamor, a favor, en contra, ahí está. Sobre todo había que combatir la especie de que España es el país que había carecido de Renacimiento, de Ilustración, de Romanticismo; incluso se llegó a decir que cuando se perdió América, nadie en el país se enteró. No. El liberalismo español existe: la tarea era recuperarlo en sí mismo y en sus posibilidades de futuro, sin hacer de él un nacionalismo, sin convertir esos valores en un título de gloria que nos autorice a hacer la vida imposible a los demás. Eso es importante, ir cada vez a más. Como fuente están los periódicos, difíciles de leer porque las colecciones se hallaban en los áticos de los edificios, y se caían, o en los sótanos, donde se los comían las ratas. Luego están los reglamentos, esos sabios reglamentos concebidos para que nadie trabaje. Así y todo había, y hay, instituciones modélicas, como la Hemeroteca Municipal de Madrid. Y lo mismo que Ricardo Fuente en su tiempo pudo reunir semejante colec-

ción comprando los ejemplares en el Rastro, en mi época se podía también, quizá menos, pero yo compré, entre otros, periódicos de la Revolución de 1868. Algunos de aquellos librereros de ocasión se portaban admirablemente. Al ver que yo no era negociante, me llamaban aparte, y me reservaban lo mejor que tenían. Así iba yo descubriendo no ya el liberalismo del conde de Toreno o de Martínez Marina, aunque también, sino una línea más profunda, la del “Zurriago” y congéneres, que planteaba inmediatamente un problema democrático, que luego sigue, con sus limitaciones, porque la historia no se detiene en 1823. Traté de entender lo que esto significa, lo que requiere mucho tiempo; y conocer sus límites, conociendo también lo que pasó en los países de alrededor, en Italia, Francia, Portugal, algo también en Inglaterra, y en Alemania.

VSD — Creo que la pregunta de Alfonso es también cuánto las otras ideas que llegaban de Inglaterra o Francia han influido en el liberalismo español.

AGN — Evidentemente, hay una similitud, no igualdad. A mí me insistían mucho los colegas de Coimbra, si no se había dado en España un liberalismo aristocrático, a la inglesa, con muy poca masa popular. Yo eso no lo entendía. Algo de eso hubo, pero el Senado es una cosa tardía, a partir de 1834. Para el liberalismo español, desde muy temprano, en su línea más dinámica, uno de los caballos de batalla es evitar la llamada Ley de Cámaras, querían sólo una cámara que fundamentase una revolución que llegase al pueblo. Esto tiene similitudes con lo ocurrido en Portugal, así como desde el punto de vista de los apoyos internacionales. Encontrar libros como los de William Hazlitt, un importante ensayista británico que saluda a la revolución española como una cosa sensacional: este país de la Inquisición, reaccionario, brutal, de repente se ha convertido en el país de la libertad. Todos los emigrados italianos de 1821 están allí presentes, montan sociedades secretas, y eso también es un contacto. Emigrados franceses también, es la lucha contra el absolutismo instaurado. Existe un internacionalismo liberal que tiene cierta importancia, que tiene un problema para quien trata de estudiarlo, y es que se trivializa hablando de aventureros. No son aventureros, es una conciencia colectiva.

AB — Algo sobre el problema del hispanismo, porque se ha puesto de moda decir que los hispanistas han tenido una importancia fundamental, como Cheyne, pero que ya no sirven o sirven menos puesto que ya los historiadores españoles no tienen los problemas que tenían durante la época de Franco... Cuéntanos algo de George Cheyne.

AGN — Encontré a Cheyne en el Archivo Histórico Nacional, donde estaban los papeles de Costa. Era una gran persona. Me dí cuenta en seguida de la seriedad de su trabajo, así que decidí retirarme de los estudios cos-

tistas para no obrar en paralelo. Aunque pronto descubrí otros amigos con las mismas aficiones, como Rafael Pérez de la Dehesa, también un personaje de antología. Cheyne escribió una espléndida biografía de Costa, que se publicó en Barcelona. Estuvimos muchos años en estrecho contacto. Cuando la Editorial Guara comenzó la edición de las obras de Costa, se formó un Consejo editorial, presidido por Cheyne, al que yo pertenecía. Escribí y publicó varios libros importantes, y localizó los materiales de la *Historia crítica de la Revolución española*, libro inédito de Costa, del que pensamos hacer una edición conjunta. Pero Cheyne se murió, y entonces Asunción, su mujer, me mandó todas las fotocopias, y así pude editar la *Historia crítica* (Madrid 1992).

AB — En los últimos años unos colegas españoles han defendido la idea que mientras Franco vivía, y los archivos estaban cerrados, la función del hispanismo y su papel era importante, sobre todo en la historia de la República y de la Guerra civil. Desde los Ochenta, la función del hispanismo no es igual, como si tuviese una misión de suplencia. Mirando desde fuera, con una formación distinta, ¿se pueden valorar, apreciar, descubrir, aspectos diferentes que no se ven con otra formación?

AGN — Desde el punto de vista historiográfico, por ejemplo, está Tuñón de Lara...

AB — Español como carnet de identidad, pero francés como historiador, al vincularse a Pierre Vilar, trabajar en París, con una formación marxista que en España no se tiene...

AGN — Sí. En Pau llama a gente española y gente de fuera, lo que relaciona a unos con otros.

AB — Y tienen una importancia fundamental en la historiografía española. Pero, por ejemplo, la historia de la Ilustración, del liberalismo, de la burguesía, ¿no tienen un *input* francés?

AGN — Evidentemente. En el primer Congreso al que fui a Burdeos, 1973, el tema era *La question de la Bourgeoisie...*, ya estaba la cuestión planteada en esos términos. Sobre la Ilustración y el Liberalismo se hicieron algunas aportaciones en la Segunda República, aunque de muy poco calado, con más buena voluntad que conocimiento. Quizás lo más importante sea Salazar Chapela, escritor acaso no de primera categoría. Es interesante su evocación del mundo liberal español; quizás convendría volverlo a publicar. Otro Salazar, el musicólogo, éste sí que se acerca un poco más desde el campo de la música. Sobre la Ilustración lo mismo, hay algo durante la Segunda República, y bastante más con los estudios de Bataillon

sobre el erasmismo español, que es importante como paso previo a la Ilustración, eso es evidente. Hay una contribución española, Montesinos, en los años veintitantos, y otros, que acabaron luego casi todos en los Estados Unidos. En el Middlebury College los cursos de verano eran una antología de liberales españoles, con Francisco García Lorca, Montesinos, Vicente Llorens Castillo...

AB — Volvemos a tu formación.

AGN — Yo quería orientarme en la producción historiográfica, y para eso me suscribí a revistas francesas, italianas, inglesas, norteamericanas, una cosa tremenda que poco a poco se ha ido extinguiendo, aunque algunas las sigo leyendo. Me hablaron de la “Rivista Storica Italiana”, y me suscribí también. Fue tremendo. Encontrar, por ejemplo, un artículo (de Gigliola Fragnito, 1972) sobre Bernardino Ochino, un franciscano discípulo de Juan de Valdés, en Nápoles, y que por serlo se hizo valdesiano, protestante. Emigró a Polonia, y fue la fuente de una importante corriente protestante polaca. Independientemente de la temática, el hecho de encontrar en una revista un artículo sobre una tradición religiosa herética, tan diferente de la católica, y que tenía que ver con la historia cultural española, eso era el descubrimiento de un mundo.

AB — Eso fue antes de Bataillon, ¿no?

AGN — No, no... Bataillon me gustó siempre mucho, y Montesinos también, es importante, pero es otro fenómeno. No es una herejía en sí misma, no es que se considere una herejía; es la aparición de un espíritu comunicativo, de tolerancia, sin entrar en otras discusiones... llega hasta Cervantes. El *Quijote*, todo el conjunto de la obra de Cervantes, tiene que ver con el movimiento erasmiano. Hay una serie de autores, también está Dámaso Alonso. Es Bataillon el más importante, con *Erasmus y España*. Forma parte de una coordenada del primer cuarto del siglo XX hasta la Guerra civil, que luego continúa fuera de España. También le creo fundamental para entender el futuro intelectual, las posibilidades españolas. Lo de Ochino, un franciscano que abandona el catolicismo para hacerse protestante, es una posibilidad que no había visto jamás. Aunque el historiador Henry Charles Lea cuenta casos espeluznantes, verdaderos portillos abiertos sobre el Antiguo Régimen religioso.

AB — Lo que se deduce de lo dicho hasta ahora es que no tienes maestros historiadores. Pero tiene que haber algunos libros, de historiografía, que han influido por su trascendencia historiográfica. Lo que no ha salido hasta ahora es tu aproximación al trabajo de historiador, y a través de qué etapas se desarrolla.

AGN — Una cosa básica es el conocimiento de la historia contemporánea. Quizá también el papel de Tuñón entre los historiadores sobre el siglo XIX. Yo comienzo a trabajar en periódicos, folletos... en la Biblioteca Nacional iba separando en una inmensa colección lo que me interesaba de lo relativo a otras épocas. Al mismo tiempo veía, con la lectura de revistas, que lo que yo estaba haciendo ya lo habían hecho otros. Recuerdo la reseña de un libro de un historiador alemán, Walter Grab, que en cierta medida era, para Alemania, lo que yo quería hacer [W. Grab: *Demokratischen Strömungen in Hamburg und Schleswig-Holstein zur Zeit der Ersten Französischen Republik*, Hamburg 1966]. A Walter Grab no lo he leído hasta treinta años después [W. Grab: *Ein Volk muss seine Freiheit selbst erobern. Zur Geschichte der deutschen Jakobiner*, Frankfurt a. M., 1984]. Y otros títulos de y sobre el autor.

AB — Cuando piensas en tí como historiador, ¿cómo te defines? Historiador ¿de las mentalidades, de la ideología, del periodismo, del liberalismo...?

AGN — No exactamente. Todo eso está en el ambiente, es una moda francesa, la historia de las mentalidades, que me parece importante, veo las corrientes que hay y me voy aproximando pero nunca me asimilo. La historia de las “Annales” está bien, pero me produce cierta desconfianza, porque de la concepción teórica se desciende fácilmente a los conflictos escolásticos... En cambio sí sé que hay un mundo inmenso que no ha trabajado nadie, en la Biblioteca Nacional, en el Histórico... La reseña me servía... yo no quería hacer la historia de la Revolución Francesa en España (aunque bien venida sea), sino la de una revolución francesa de españoles, que probablemente dura 100 años. Desde las Cortes de Cádiz a Costa, quien repite, un siglo después, el mismo proceso intelectual que hizo Kant en relación con la revolución de Francia. Los dos quieren que la revolución esté hecha sin hacerla ellos. Costa confiaba en la revolución desde arriba, aunque llega a decir eso de un Francisco de Asís injertado en Bismarck. El mismo día, 22 mayo 1908, que interviene en las Cortes, con esas masas inmensas que rodean el palacio del Congreso, cuando Costa sale, da un discurso en la calle, en el que prácticamente les invita a asaltar el Palacio de Invierno, o la Bastilla, si se quiere; pero él no lo hace, se siente enfermo, incapaz, lo único que puede hacer es morir. Y efectivamente esas calles de alrededor de las Cortes se volverán a llenar de gente el 14 de abril de 1931. No van allí para evocar a Costa, pero hay una relación de causa a efecto. (Cfr. mi introducción a Joaquín Costa: *Obra política menor*, en “Anales de la Fundación Joaquín Costa”, Huesca, 2002, n. 19, pp. 7-35; el libro no ha salido todavía).

AB — No te gusta la autodefinición. La tuya es ¿una historia política, ideológica?

AGN — Lo es, una historia política, ideológica, comprometida, antifranquista, pero no porque yo falsifique los datos que voy recogiendo: los datos están allí, son objetivos y basta sólo cogerlos. No hay ninguna falsificación, basta trabajar los datos.

AB — Yo te preguntaba esta mañana cuánto español era el liberalismo español y cuánto era francés o general. Siempre cuando se produce un fenómeno, hay la tentación: en Italia hemos estado muchísimos años pensando que el nacionalismo italiano era el resultado de la influencia francesa, y hemos tardado veinte años y más en recuperar fuentes y discursos que tenían poco de francés y descubrir que era un producto autóctono.

VSD — Hay la misma leyenda sobre las Luces, ¿la Ilustración española, cuánto es española, cuánto viene de Alemania, Francia o Inglaterra?

AB — Lo mismo ocurre con el antisemitismo español, se dice que es una moda francesa, influencia del *affaire Dreyfus*, y yo estoy convencido de que es un producto autóctono. Te preguntaba desde esta perspectiva...

AGN — Yo también estoy convencido, sólo que hay que matizar. Desde el extranjero llega mucha literatura reaccionaria, desde Inglaterra, Francia u otros países. Los *Protocolos de los sabios de Sión* es en España un libro traducido. En cuanto a lo que preguntabas sobre maestros. Yo me acerqué, como es lógico, a grandes maestros, como Pierre Vilar, pero jamás encontré ningún apoyo, seguramente porque nunca sospeché que yo lo necesitaba. Yo era amigo de sus hijos, Jean Vilar y Sylvia Vilar. Pierre Vilar, en uno de los congresos de Pau dijo en público que éramos muy amigos, lo que me complacía, pero siempre que hablé con él fue exclusivamente de autores de Historia económica. Jamás me dijo que lo que yo hacía estuviese bien. Una losa, nada de apoyo. Es muy diferente cuando encontré a Franco Venturi, una persona cordial.

AB — Ya, pero tú lo estás poniendo del punto de vista humano, del trato.

AGN — Sí, pero es importante. En muchos sitios hay una trayectoria: un discípulo de un profesor y éste a su vez de otro, hay una continuidad...

VSD — Y ese no es tu caso.

AGN — No, no, no es mi caso. Cuando era estudiante no podía ser discípulo de aquellos profesores. Cuando tratábamos de reunirnos para hablar de algo, de un viaje de estudios, por ejemplo, aparecía el secretario de la Facultad, Muñoz Casayús, y nos amenazaba con abrirnos expediente. Esa gente de Falange es lo que tuve, en el mejor de los casos, porque los había

peores. Así cuando quiero ser historiador, tampoco pido la luna... De hecho, al principio me gustaba la literatura, el arte...

VSD — La poesía, ¿no?

AGN — Sí, ¿cómo lo sabes? Todos los pensamientos, involuntariamente, se politizan. En algunos casos, no el mío, la gente se mete en partidos políticos. En España no los había más que en la clandestinidad, y nadie se acercó jamás de la clandestinidad a decirme si yo quería entrar... Incluso me pasó una cosa divertida. Eloy Terrón me dijo un día que llegaba un amigo suyo, al que le gustaría estar en mi pensión unos días. Hablé con la patrona, y vino. Ese señor, al que yo no conocía, llegó con un tomo de la BAE, [Biblioteca de Autores Españoles], de las obras de Jovellanos. Yo no lo había leído, tenía curiosidad, pero él ni palabra, ni rechistar. Era Jorge Semprún, en el máximo de la clandestinidad, del Partido Comunista, y resulta que si habla conmigo de Jovellanos, se puede descubrir. Llevaba el libro de Jovellanos para disimular.

AB — Lo de antifranquista...

AGN — Sí, desde el primer momento.

AB — Entonces, estudiar el liberalismo es una forma de ser antifranquista...

AGN — Sí. Cuando estudiaba Bachillerato organizaron una ridiculez, la educación premilitar por la calle, a imitación del fascismo. Yo tendría 14 o 15 años. El caso es que hacíamos la instrucción al lado del Instituto, donde estaba la Escuela del Magisterio. Había caído una rama al suelo. Yo tenía tan poco espíritu militar que me puse a jugar con la rama, y vino el sargento y me dio un bofetón... Entonces, me marché y todavía no he vuelto. Me pasó lo mismo cuando hice el servicio militar; después de que me suspendieron dos veces tuve que estar en un cuartel, del que me escapaba todos los días, hasta que me castigaron. Luego, en el Gobierno Militar de Huesca había dos brigadas: uno era un campesino, un patán que leía "Marca", pero que tenía mucha dignidad. Con él me llevé muy bien. El otro era un señoritín absolutamente tonto, y no me abstuve de decírselo. También le hice saber al comandante que hay cosas que no pueden hacerse. La misma actitud tuve en cuestiones civiles o políticas. Cuando publiqué *Las pequeñas Atlántidas* pude pasarlo gracias a Carlos Barral, con algunos cortes. Añadieron unos textos sobre las Leyes de Indias, que no los puse yo. Eso lo exigió la censura para que pudiese salir el libro, Barral lo aceptó y yo me lo encontré ya todo hecho. Hablando después con un historiador catalán, Enrique Bagué, me dijo: «es un libro republicano». Y no es que yo

quisiese hacer un libro republicano, pero la evocación de los siglos XVIII y XIX a través de figuras que tenían un aspecto progresista (porque podía haber escogido a algún representante de la cáfila reaccionaria)...

VSD — Es fácil ahora ver cosas, pero para mí es transparente el espíritu de oposición, porque algunas frases son contundentes, sobre la recuperación de estos personajes, sobre los motivos para hacerlo. En el período de la publicación, son de oposición pura y dura.

AGN — Luego publico un libro sobre Antonio Machado. Creo que nunca me han perdonado una frase del principio, donde dice que los franquistas se apresuraron a hacer académico a Manuel Machado para tener por lo menos un Machado de consolación. Eso no me lo han perdonado jamás, y yo lo he notado.

AB — Ni maestros ni modelos...

AGN — Genéricamente sí. Saber que hay gente trabajando sobre determinados temas es importante, pero yo no sigo tampoco a esos señores. En cambio hay otras cosas que estimulan mucho. Cuando publico lo de Riego, que es una consecuencia de lo de las Sociedades Patrióticas, con motivo de un congreso de historiadores españoles y rusos, en Moscú, al que yo no voy, se presenta una señora con una carta, y pregunta si me conocen. Le dicen que sí, y les da la carta. Esa señora se llamaba Nadiezdha Cosores, que yo sospecho que es Casares, la pronunciación rusa de un apellido español. Nadiezdha quiere decir esperanza. Tengo una colección enorme de cartas de esta señora, en un inglés perfecto, muy bonito. La Sra. Cosores era una entusiasta de Riego y de la revolución española, de la que tenía un conocimiento muy grande, hecho fundamentalmente a través del "Times" y de otros periódicos, en las bibliotecas de Moscú. Me regaló unas campanillas, fabricadas según están descritas en un poema de Rylejew, uno de los decembristas. Cuando llega la caída de la Unión Soviética esta persona queda muy crítica con el sistema, y emigra a los Estados Unidos. Me escribe desde Nueva York, y aunque le respondí no me volvió a contestar. ¿Cómo averiguar si murió? En un sitio tan remoto, sé que había escrito un libro sobre el tema, publicado en Rusia, pero yo no leo ruso. Bueno, pues eso también ayuda a situarse.

[...]

AB — Para acabar. Ayer, aquí en la Universidad de Urbino, hablaste en tu conferencia, entre otras cosas, del tema de los regionalismos. Se ha planteado en los últimos años que la burguesía débil no fue capaz de nacionalizar a los españoles de forma parecida a Francia, el modelo, y deja unas clases sociales, unas regiones, al margen de la construcción del Estado.

Este sería el resumen del debate que aquí ha habido. De ahí vendrían algunos nacionalismos periféricos. Yo te preguntaba a la luz de tus conocimientos de la construcción del liberalismo, de la burguesía, del Estado español en el siglo XIX, ¿cómo valoras esto?

AGN — Creo que es verdad, no que haya una debilidad burguesa, sino que el Estado español no se logra crear en su plenitud, por factores internos (el peso del pasado, la cuestión de América, el poderío de la Iglesia), y por la debilidad del propio movimiento liberal. Siguiendo el modelo de la economía periférica avanzada frente a la economía interna atrasada, se encontró que a finales del Antiguo Régimen Madrid se había convertido en la capital del capital, y por tanto era también *periférica*, palabra que empieza así a no significar nada [Cfr. Michel Zylberberg, *Un centre financier 'périphérique': Madrid dans la seconde moitié du XVIII siècle* en "Revue Historique", 1983, p. 546]. Hecho importantísimo es la presencia en todas las regiones españolas, incluidas en grado excelente Cataluña y el País Vasco, desde el XVIII al XX, de personalidades y movimientos que buscan la creación de una revolución liberal española, y por tanto de una unidad cada vez más sólida. Pero llega un momento en que esa revolución, si no es socialista, no puede ser liberal. Hay ahí una inmensa contradicción, que da lugar al fenómeno del abandono. Cambó en 1917 podría ser su símbolo, aunque tardío.

[...]

Me hice de CC.OO. En Madrid la gran revelación era Santiago Carrillo, quien convocó una conferencia para la juventud. Vamos allí, y estaba Santiago Carrillo paseando con otra persona, sin hacer caso de nada, todo el mundo esperando. Llega un momento, pasada con mucho la hora, da una charla, y no puede haber discusión porque ha pasado el tiempo, y van a cerrar el local. Eso es tan lamentable, tal tomadura de pelo, que yo no puedo estar en un partido de esa naturaleza. Carrillo no era el PC, pero sí lo era en ese momento. Definiendo pero también apartando.

[...]

Estoy en contra de todo nacionalismo, pero a favor de la libertad. Es decir, si los catalanes quieren hablar y escribir en catalán, están en su pleno derecho. Ahora bien, utilizar la lengua para montar una entelequia medievilizante, me parece algo absolutamente reaccionario, y si encima se meten los obispos en medio, el resultado es trágico. Con los vascos pasa lo mismo. Pero reaccionar contra esto fusilando, como hicieron los franquistas, con la bendición de Pío XI, es caer en el crimen de Estado, algo muy grave. Yo creo que la unidad de España es ultraevidente, en la economía y en la relación entre personas. Es verdad, y se lo he oído incluso en un discurso a Francisco Frutos, que para combatir al franquismo se utilizó la vía de los nacionalismos. Pudo ser eficaz, no lo sé... pero en el fondo es lamentable. Es la desconfianza en la propia España. Los reaccionarios espa-

ños se han acostumbrado siempre, frente a la resistencia interior, a llamar al extranjero. Así pasó en 1823 y en 1936. Y ahora la Unión Europea, desde el punto de vista español, no significa más que la transferencia a Bruselas de los problemas nacionales, sin resolverlos, pero dando a los reaccionarios que gobiernan el país, sean UCD, Felipe González o PP, el placer de llamarse demócratas. Esta es una cuestión muy grave. Parecía en un primer momento que la Unión Europea podía reducir los problemas españoles, evitando *tejerazos* y guerras civiles clásicas. Pero está cada vez más asociada con el llamado neoliberalismo, y aunque no forma parte de ella, va paralela a la OTAN, una organización en la que el pueblo español no quería entrar, mas se le forzó a hacerlo, y nadie ha respetado la cláusula de quedar fuera de la estructura militar de la misma. La OTAN tiene muy mala fama entre nosotros, acusada como está de prácticas indeseables, y de ser instrumento de una sola Potencia. Esto lo digo como ciudadano, ya que sólo el día de mañana, pero no hoy, será Historia.

AB e VSD — Dinos algo de “Trienio”.

AGN — “Trienio (Ilustración y liberalismo). Revista de Historia” nació en 1983. Algunos años antes había concebido yo la idea de publicar una revista histórica, que pudiera ser vehículo de expresión de los jóvenes, y recuperación de antiguos valores, en estrecho contacto con el extranjero, pues yo no he pretendido nunca hacer de España el eje del universo. La palabra *Trienio* está por *Trienio liberal*, un momento crucial en la Historia nacional, 1820-1823, casi central en relación con los dos grandes movimientos del subtítulo, que se reivindican, la Ilustración y el liberalismo decimonónico. Revista especializada, pero con amplitud, ya que los dos siglos XVIII y XIX al completo entran en ella, y también fenómenos anteriores o posteriores en relación con esas centurias. La revista ha tenido éxito dentro de ciertos niveles, pero el éxito se ha debido a que una revista así hacía falta. Casi se puede decir que la revista se ha hecho a sí misma. Como la economía tiene su importancia también en este tipo de actividades, evitamos cuidadosamente adoptar el criterio de los entendidos que nos aconsejaban el papel *couché*, para entrar con fuerza en el mercado. Cien páginas parecía el límite máximo: Juan Francisco Fuentes y yo hacíamos maravillas para que todo cupiese en esas cien páginas mágicas. Luego el progreso de la informática, y nuestra entrada en ella, nos liberó. Al principio yo solía cargar los gastos, por lo menos en parte, a la partida de «Ayuda a la Investigación» que en la Universidad se nos asignaba a los profesores numerarios. Hasta que vino una nota del Rectorado que decía: «Que sea la última vez» (*sancta simplicitas*). Desde entonces la hemos sufragado los miembros del equipo dirigente, ya que por la cultura del país no basta hacer declaraciones ampulosas, sino que alguna vez conviene gastar nuestro dinero. Restricciones ideológicas no hay, cada uno es responsable de lo que

dice; sólo se exige inevitablemente cierta calidad, y que el artículo propuesto entre dentro de nuestro radio temporal, y su contenido sea histórico. Nuestro progresismo deriva, creo, de nuestra autenticidad, pero nunca hemos puesto la carreta delante de los bueyes. Hoy, que el panorama historiográfico, en cuanto a revistas, ha cambiado notablemente, seguimos nuestra andadura, sabiendo que por ella estamos al tanto de lo que se hace en muchas partes del mundo. Y esta es, modestamente, a grandes rasgos, mi contribución a la historiografía de mi tiempo. Gracias por haberme escuchado.

TRIENIO

ILUSTRACIÓN Y LIBERALISMO. REVISTA DE HISTORIA

Dirigida por Alberto Gil Novales

Número 44, noviembre 2004

Lluís Roura, *Napoleón y la contrarrevolución en la Europa Mediterránea*.

Nota de presentación

Jean Paul Bertaud, *Napoleón y la contrarrevolución en Francia*

Gérard Dufour, *Napoleón y la contrarrevolución*

José Tengarrinha, *Napoleón y la contrarrevolución en Portugal*

Raquel Sánchez García, *Carlos Marfori, la sombra de Narváez*

DOCUMENTOS

Contestación del ciudadano Juan Romero Alpuente al calumnioso artículo puesto en *El Espectador* de ayer con las iniciales D.S., y observaciones acerca del mucho gusto con que *El Espectador* le ha publicado, Madrid, 1822. Publicado por Alberto Gil Novales

Redacción : Apartado de Correos 45008, Madrid

Ediciones Clásicas (Ediciones del Orto) se encargan de la distribución de TRIENIO. Ediciones Clásicas, c/San Máximo, 31, 4º 8. Edificio 2000. 28041 Madrid. Fax: 91-5003185. E-mail: ediclas@arrakis.es